



La Antropología Jurídica. Una Exigencia de norma

Sergio Ricco Monge

Universidad Pedagógica Nacional

En las últimas tres décadas se han producido cambios significativos en el contexto de los grupos indígenas y su relación con el Estado nación. Es posible así identificar el desgaste del indigenismo gestor que durante cerca de setenta años caracterizó a los países con contingente indígena, y con un discurso de los no indios para los no indios en torno a la situación étnica originaria y con fuerte acento criollo. Al mismo tiempo se percibe un viraje sustantivo de los grupos étnico originarios con el Estado-nación, con fenómenos como la migración, la emergencia en la esfera de lo político, la presencia de una intelectualidad indígena en prácticamente todas las esferas de la vida nacional. En consecuencia una descentralidad que obliga a poner en práctica nuevas formas de relación entre la sociedad mayor y los grupos étnico originarios.



Lo étnico originario permite dar cuenta de similitudes en nuestra región¹ en la forma en que políticamente se ha abordado la etnicidad, sobre todo en las últimas tres décadas. En efecto, México poseyó un discurso indigenista temprano (producto de la lucha armada de 1910), que incluso lo hizo constituirse en líder de este movimiento en casi toda América Latina. Otros países de América Latina carecieron de un discurso de este tipo hasta la emergencia de movimientos sociales, como el caso de Bolivia, la Revolución nacional de 1952 y en Guatemala el Movimiento Revolucionario, también, de esos años. Pero en la práctica, los países establecieron formas de tratamiento similar hacia su población originaria.

En los años setenta comienza la crisis del indigenismo que se formuló desde México. Una de las razones, se debe a la quiebra de un modelo económico y social sostenido en el nacionalismo, al que eufemísticamente se le definió revolucionario y que debía tener, además como sostén, la soberanía nacional. Los años ochenta son el espacio de la pérdida de significado del discurso indigenista. En otras palabras, los modelos de integración y de incorporación a la vida nacional no tienen sentido en formaciones sociales donde el modelo económico demuestra su total incapacidad de absorción de una fuerza de trabajo y, exhibe una escandalosa ineptitud para consolidar mercados internos. La acción del Estado con respecto a sus contingentes étnicos originarios es de abandono al permitir que las fuerzas locales, regionales (cacicazgos) actúen a su libre *arbitrio*.

México, a pesar de no haber logrado una integración cabal de su territorio, sí inició un proceso de industrialización más o menos exitoso que hoy está abortado. Otros países no lograron, salvo en sectores extractivos, un proceso de industrialización que abarcara su territorio y se lograra constituir como un programa nacional. En

¹ Por región se estará entendiendo a América Latina, la cual creo que debe designarse ya como Indoamérica, sobre todo en aquellas grandes áreas conformadas por países cuyas formaciones sociales poseen contingentes indígenas significativos, como México, Guatemala y el área Andina.



otras palabras, los sectores extractivos no lograron ser pivote para el desarrollo manufacturero, ni de atención doméstica; no se logró un sistema de comunicaciones coherente ni un mercado interno propio, aunque éste fuese establecido desde una lógica exterior, como es el caso de México, que en gran medida su mercado interno está definido por la lógica de las corporaciones internacionales, pero a diferencia de otros países, el Estado sí logró, al menos en lo ideológico, mantener una ocupación nacional. México ha tenido mayores posibilidades de diversificación de su producción en relación directa a su condición geopolítica y, sin duda alguna, por su mayor potencial de recursos; petróleo para la exportación y nueve mil kilómetros de litoral nos colocan en una situación diferenciada. Sin embargo, las formaciones Latinoamericanas con contingente étnico-originario padecen los excesos de las formas de apropiación de los recursos naturales. La depredación es una constante de las élites criollas en estas formaciones.

Una característica mexicana es el mantener formas corporativas en la articulación con los ejes del poder. En México, pese a la derrota electoral del Partido Revolucionario Institucional (PRI), el sistema político tiende a mantener sus formas de regulación corporativizadas con los sectores subalternos, aunque ya en muchas situaciones las relaciones están fracturadas.

En este panorama de veloces y abruptos cambios, rige la necesidad de pensar, de actuar en torno a las vías alternativas de regulación étnica con respecto al Estado nacional, explorando en este híbrido teórico-metodológico que es la antropología jurídica.

La historia de las formaciones sociales con contingentes originarios, son historias braudelianas, de larga duración, pese a sus hitos revolucionarios. Frente a la ruptura de un mundo bipolar, parece que son solo los grupos originarios los que están pasando de la inercia a la acción. Su discurso pacífico-violento es indicador



de que para saber la historia de una nación, hay que conocer su dimensión étnica. Son procesos de etnogénesis ² que se enmarcan en un pasado y en un presente de rancia ideología y política racista, emulando el colonialismo y practicando el despojo, la explotación y la violencia. Hoy, en los países con contingente originario, se plantean vías para el tránsito del Estado nación, al Estado multinacional y plurilingüe.

Por el reconocimiento de hábitos, valores y símbolos que reflejan la pluralidad cultural, lo étnico está significando la reivindicación jurídica y política de territorios. Es el empeño por remontar la marginación y explotación. En más de una ocasión, los movimientos étnicos han emergido su rebelión para establecerse en formas potenciadas de guerra. Tal es el caso del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en Chiapas y del movimiento cocalero en el Chapare. No es difícil sostener que en los últimos treinta años la centralidad del conflicto social se ha constituido a partir de lo étnico. Por el contrario, lo que representa la dimensión étnica de la historia, a la historiografía en América Latina le será difícil negar espacios a las aspiraciones, luchas e intereses de los grupos étnicos, sobre todo en aquellos países donde el discurso de la etnicidad no es una cuestión retórica, sino expresión de sus mayorías, atributo y marco de la acción histórica de los pueblos originarios.³

A partir de la centralidad del conflicto en lo étnico, los paradigmas iniciales para el entendimiento de América Latina se fracturan.⁴ América Latina va adquiriendo una nueva fisonomía que coloca en entredicho y en probable quiebra al Estado nacional de carácter monocultural y de filiación occidental. Paradójicamente, en el mundo unipolar y globalizado, son los contingentes étnicos los que juegan un

² Miranda Pacheco, Mario. "La historiografía, el discurso histórico y las dimensiones de la historia de América Latina". *Memoria*. No. 118. México. Diciembre, 1998.

³ *Ibidem*. pp. 38-39.

⁴ Paradigma en el sentido clásico de Khun, S. Tomas: *La estructura de las revoluciones científicas*. FCE México, 1978. Y del mismo autor, el trabajo magistral: *La revolución copernicana*. Taurus.



papel decisivo como nuevos actores sociales en la búsqueda de construcción de un orden social de nuevo tipo. Ya no es posible mantener la nación entendida o reducida ideológicamente a una noción que agrupa a hombres que profesan creencias comunes, que están dominados por una misma idea y que tienden a un mismo fin, es decir una colectividad homogénea.

El concepto moderno de nación surge de Occidente, sea por la revolución francesa o la independencia norteamericana. Con ello se intenta la homogeneidad de una comunidad de hombres, que, en nuestro caso, se basó en una serie de políticas demográficas de blanqueamiento racial, de reduccionismo lingüístico y unidad religiosa. Una visión que sobrepasa las clases sociales, en fin, una entidad ilusoria.⁵

Así, la indianidad es lo antagónico de la visión anterior, asunto que se ha debatido de manera abierta desde la República y, sin duda alguna, ha adquirido un acento muy relevante en el último tercio del siglo XX y en lo poco que va del milenio. Son múltiples los factores encadenados en una larga historia para arribar a un etnocentrismo en los países con potencial étnico originario. Crisis de las reformas agrarias, proyectos educativos diferenciados y en fracaso, falsas formas de participación en las esferas de la justicia, de exclusión, procesos de integración no resueltos y una gama de situaciones conflictivas que otorgan a estas formaciones un carácter de emergencia y exigencia en la construcción epistémica, así como en su traducción política. Es decir, el discurso y *praxis* de un proyecto social donde la alteridad ocupe un espacio central. Pero sucedió que frente al abandono del Estado nacional se han acumulado tensiones que se desbordan en la violencia extrema. Así, el conflicto étnico no es de generación espontánea. Se debe entender como un proceso (secular), que se incuba y desarrolla hasta lograr fracturar cualquier posibilidad de regulación social.

⁵ Confer. Bobbio, Norberto, et al. *Diccionario de política*. Siglo XXI. México, 1994.



El proceso de tensión interétnica en la región tiene antecedentes prehispánicos. Para nuestro caso, se acentúa con la formación de los Estados modernos y la construcción nacional, es decir, el último tercio del siglo XVIII y todo el XIX. Incluso se sigue conformando durante la primera mitad del siglo pasado y presenta un nuevo auge en los últimos treinta años, como producto de la crisis del indigenismo, del abandono del Estado nacional en referencia a su gasto social. No es el objeto de este trabajo, pero desde lo étnico estamos obligados a una reformulación de la historiografía oficial que tiene su asiento en un marco de referencia eurocéntrico.

Los últimos treinta años son ilustrativos para mostrar formaciones sociales que en nada se parecen al modelo de la Europa Occidental, sin descuidar que el eje de la regulación social, económica y cultural se mantiene de manera débil en una minoría que, a la menor oportunidad, reclama su eurocentrismo desde una postura racial, un modelo religioso y el impulso de una política económica lesiva al grueso de la población, y más aún, de las llamadas minorías indígenas.

El proceso de globalización ha acarreado una reconversión agrícola e industrial, el establecimiento de políticas de seguridad nacional calcadas de modelos de intervención neocoloniales, la pérdida del control financiero, la ausencia en la ocupación sobre la soberanía, como ejemplos. Un elemento que domina el panorama socioeconómico y reformula la manera de abordar el paisaje humano es, tal vez, la informalidad que arroja actores sociales no conocidos y de los cuales apenas sospechamos sus consecuencias negativas para los entornos nacionales: narcotráfico, contrabando, trata de blancas, tráfico de armas, etcétera. Actividades económicas muy rentables que para existir requieren de formas de operación del crimen organizado.

En el último cuarto de siglo, el Estado nacional de características periféricas, ha modificado su naturaleza, los gobiernos han perdido centralidad por el proceso de integración supranacional. Es muy difícil en la actualidad poder hablar de una



economía nacional. Hoy es el proceso de internacionalización de un sistema productivo, una asignación de lugar muy definida de los países dentro de la división internacional del trabajo; unos países que participan en la cadena de ensamblaje de las nuevas tecnologías y otros a los que se les asigna la producción de bastardas mercancías como la heroína, cocaína, etc.

Así, queda muy atrás la añeja intención de los gobiernos y burguesías nacionales por establecer un mercado interno, consolidado para arribar a la modernidad. Hoy sólo nos debemos conformar con procesos “modernizadores”, sobre todo en lo político, que casi siempre quedan inconclusos y son de muy alto costo económico y social. Para ilustrar este proceso, sirva el concepto jurídico de incoamiento.⁶ Sobre el costo de los acercamientos a la modernidad, basta referirse al costo de un diputado y sus prerrogativas frente a los de un simple ciudadano de salario mínimo. Los resultados serán desproporcionados en la obtención de resultados y efectos directos en la calidad de vida.

El lenguaje de los gobiernos nacionales se ha modificado. Las palabras referentes a la seguridad social, el bienestar y el equilibrio se han sustituido por el nuevo léxico de la competitividad, los nichos de mercado, la oportunidad, la eficiencia, la calidad total; en fin, una ideología eficientista, que privilegia los aspectos financieros ha acarreado una depredación salvaje de los recursos naturales y una afectación incalculable a las poblaciones que, hasta no hace mucho, los antropólogos definíamos como regiones de refugio.⁷ La depredación brutal y la pérdida de centralidad en la regulación política del Estado nación están provocando un conflicto interétnico, intra y extra comunitario, por la cerrazón o el mínimo disfrute de los escasos recursos que el modelo económico actual permite.

⁶ Concepto jurídico que ha sido usado por Mario Miranda Pacheco justamente para ilustrar la secuencia de procesos de modernización que sólo quedan en su inicio y nunca más se concluyen, iniciándose uno tras otro como en una casi diabólica sentencia.

⁷ Categoría establecida por el indigenista Gonzalo Aguirre Beltrán en los años cincuenta para describir los últimos reductos ambientales con capacidad para la reproducción identitaria y cultural de los grupos étnicos, establecidos en las zonas más recónditas de la geografía mexicana; sierras, marismas, cañadas, desiertos. Confer: Aguirre Beltrán, Gonzalo. *Regiones de Refugio*. INI. México, 1952.



Por otra parte, los viejos esquemas de las ciencias sociales son incapaces de dar cuenta de los fenómenos contemporáneos, ya sea desde la teoría de las formaciones sociales o desde la interlocución que esta perspectiva ha mantenido con el positivismo y el neopositivismo. Salvo alguna postura antropológica, que logra escapar de la moda postmoderna, el fenómeno étnico no ha sido considerado y analizado en la dimensión que exige (lo que no implica que pululen los especialistas espontáneos, de oportunidad y diletantes en busca del gran público). La ausencia analítica es muy grave, ya que se imponen ideologías adversas a una posibilidad de desarrollo colectivo y nacional, sobre todo en el orden legislativo. Por desgracia, nuestros legisladores no se preocupan por contar con un aparato crítico en torno al fenómeno étnico y al desarrollo histórico que éste ha tenido.

En la situación contemporánea se hace necesario el análisis de una combinación muy compleja y difícil de atrapar, que mezcla clases sociales, sectores de clase, estamentos, instituciones de muy varios tipos, incluidas las originarias, más el ingrediente étnico.⁸

Para el caso de América Latina y en específico de México, el componente que logró contener la emergencia de la etnicidad fue el movimiento indigenista que se constituyó en la ideología oficial y asistencialista de un estado nacional con capacidad de intervención y cuyo objeto central radicó en un proyecto modernizante: salud y educación, asistencia técnica a los sectores más marginados de su población dentro de un marco nacional popular. La práctica indigenista se acompañó de reforma agraria, a pesar de que las instancias indigenistas nunca lograron tener injerencia en este orden, sólo a nivel de gestión. Sin duda, este movimiento generó condiciones de movilidad social a partir de la creación de promotores en distintos rubros, el más importante fue el de los educadores; este movimiento y su práctica entró en una muy fuerte crisis a partir

⁸ En torno a lo étnico y la etnicidad, de manera provisional lo entiendo por aquellos rasgos diferenciados y de alteridad con respecto al patrón central.



de la segunda mitad de los años sesenta. Un viejo funcionario del Instituto Nacional Indigenista INI, (el profesor Serrano), se quejaba amargamente porque el presupuesto para ornato de la ciudad de México superaba con creces el presupuesto total del Instituto.⁹

Es necesario acotar que el indigenismo fue una manifestación del pensamiento nacional, pese a haber sido criollo o mestizo en torno a la alteridad étnica: el indio. El indio en América Latina, a diferencia de Estados Unidos y Canadá, siempre estuvo considerado como un problema nacional y como eje de intervención del Estado en sus diferentes etapas. La mediación del Estado se constituyó con base en la comunidad,¹⁰ estableciendo una relación patrón-cliente que ha impedido la reconstitución de las comunidades en pueblos. En otras palabras, la acción indigenista nunca logró rebasar los espacios limítrofes de la comunidad, que en muchas ocasiones se constituyó también en una política discrecional al favorecer a esta u otra comunidad en relación directa a su comportamiento clientelar.

Es el criollismo el que descubre las grandes civilizaciones precolombinas y sobre éstas construye la imagen nacional. La grandeza mexicana se sostiene sobre la grandeza azteca; los Estados nacionales andinos se sostienen sobre el incario. Con base en imaginarios precolombinos y en abigarrada mezcla con el hispanismo es que los siglos XIX y XX dan paso a formaciones nacionales, olvidando su

⁹ Para los tiempos en que esto se escribe, el Instituto Nacional Indigenista ya ha desaparecido, y si bien el papel del INI no fue siempre glorioso, sí contribuyó a ejercer una política de mediación entre el Estado nacional y los grupos de interés locales y regionales que en el contexto neoliberal han quedado al igual que el mercado a su libre albedrío. En el mejor de los casos la política indigenista sólo funciona para efectos electorales, ha dejado su función de gestoría en salud, educación, promoción de la justicia y cómo una entidad de modernización del Estado nacional. Algo similar sucede con el Instituto Indigenista Interamericano (III), que ha perdido voz y prestigio ante los gobiernos del Continente, en gran medida por el abandono y desinterés de los Estados miembros.

¹⁰ La comunidad es todo un tema que no abordaré en esta ocasión, baste decir que la política colonial logra reducir a la población indígena y establecerla en comunidades, gracias a la puesta en práctica de la República de Indios y la República de Españoles, quedando ahí el indio relegado en la última escala de la jerarquía étnica y legislativa, de tal suerte que ha logrado propiciar diferenciaciones dialectales tan significativas, para el caso de México, que de una comunidad a otra, incluso en un mismo municipio, se presentan dificultades para el entendimiento. En el mismo sentido, ha traído como resultado conflictos profundos en torno a límites y disputas sobre recursos naturales.



contingente indígena actual y entendiéndolo sólo como un problema, obstáculo, rémora e incluso como otro elemento que ha impedido que los Estados nación vislumbren la modernidad. Esta es una imagen cotidiana en el paisaje social latinoamericano: un racismo apabullante.¹¹

Las formas de solución en el transcurrir histórico deberán ser objeto de cada situación nacional; sin embargo, existen paralelismos y en la actualidad se reclama una historiografía particular que seguramente nos llevará a una refundación de una historiografía general en América Latina. El neoincaico y el neoaztequismo son una identificación manifiesta hacia un indigenismo arqueológico que en su momento estableció comparaciones con las civilizaciones cuna de Occidente, Atenas y Roma, y de ahí a pensar que somos una extensión de Europa y que nuestros procesos son casi idénticos, pese a que tengamos rezagos en el tiempo.

Estas formas de percibir el desarrollo histórico han sido muy dañinas para entender nuestras propias formaciones. Somos un producto muy diferente al europeo y, cada vez más, nos parecemos a formaciones asiáticas, incluso en su carácter más periférico. La modernidad se presenta sólo como lunares en nuestra fisonomía social. Las imágenes nacionales sostenidas en las grandezas han creado categorías etnosociales cuyos intereses son contrarios a los herederos de ese pasado, el de los indios vivos, envilecidos por la explotación, pocos dicen alguna palabra, de tal forma que el patriotismo criollo difícilmente puede desembocar en un verdadero movimiento nacional.

¹¹ Soy consciente de que este planteamiento es controversial y va a contracorriente de los postulados oficiales de la creación y desarrollo del Estado nacional que otorgan al mestizo un lugar preferencial, pero en esencia, la estructura y conformación de las capas dirigentes mantienen en la mayor parte de los Estados nacionales de la región un carácter criollo, hasta no hace mucho hispanofílico y en la actualidad una docilidad frente a los dictados del hemisferio norte. En este sentido, el carácter criollo es estructuralmente simbólico del Estado nación en América Latina. Pero éste es un tema para un análisis más profundo. En otras palabras, las capas dirigentes de nuestras latitudes habitan pero no piensan en relación a los habitantes de estos territorios. Su pensamiento se encuentra en Wall Street y en Washington.



El tratamiento étnico ha girado en lo general en tres grandes etapas que coinciden y se articulan en la historia: la exclusión, la incorporación y la integración. Políticas que no concluyeron (en incuamamiento) y que se han abandonado. Hoy está en boga la llamada interculturalidad que sin un análisis riguroso, no es otra cosa que la exclusión modernizante.

La construcción del Estado nacional ha implicado la desolación y desventura de los grupos étnicos. El colonialismo se reinvierte en lo interno y de manera brutal, despojando a los indios de cualquier posibilidad de defensa; basta dar una mirada a las llamadas regiones de refugio para percibir la degradación ecológica y social que hoy padecen. Indoamérica presenta hoy un paisaje de degradación y abandono, que invita más a la ciencia ficción que a la reflexión de las ciencias sociales, pues la supera en su capacidad predictiva.

La claudicación del indigenismo clásico que no logró sobrepasar el medio siglo (en términos gruesos, de 1920 a 1970) puede ser también un indicador de la tardanza con que ingresó el siglo XX en América Latina. En otras palabras, el bienestar de la modernidad sólo toca a un sector muy reducido de la población nacional que se traduce en los penosos indicadores de cobertura en de calidad de salud, educación y servicios, marginando la construcción del mundo, la cosmovisión, en fin, el horizonte histórico de los sectores subalternos dentro de los Estados nación y, al mismo tiempo, debilitando la construcción nacional en sí y para sí.

El estado de bienestar –en la historia de América Latina tan sólo ha sido un guiño- no logró atender a su componente étnico y se estableció en un estadio de carácter paternal y asistencial, en el mejor de los casos, sin lograr, plantear lo étnico dentro de la agenda de los grandes problemas nacionales. Las buenas intenciones de la política indigenista con visos de modernidad no son despreciables; en la mayoría de los países se logró establecer una cobertura educativa, una red caminera, electrificación, políticas de gestión ante los aparatos de justicia, entre otras cosas,



pero no una atención integral y nacional a las aspiraciones étnicas.¹² Sin embargo, existen países donde este “guiño” ni siquiera se dio.

Paradójicamente, los beneficios, donde se generaron, han sido aprovechados por los grupos criollos y mestizos. En amplísimas regiones con componente indígena son los grupos de poder regional los que han ganado mayores prerrogativas y hoy, frente al abandono del Estado nacional, son los que rentabilizan la infraestructura y poseen la libertad de ejercicio en sus relaciones clientelares.

Esta situación, que se presenta acumulativa, desemboca en una prolongada tensión que en la mayor parte de las ocasiones, encuentra salida en la violencia social, por ejemplo en Guatemala y Colombia se insiste en la necesidad de no cambiar el carácter represivo del Estado nacional.

Una historiografía reciente sobre los movimientos indígenas en América Latina nos hará destacar al movimiento zapatista, al movimiento indígena en Ecuador, la tenacidad de los cocaleros en Bolivia, las reivindicaciones mapuches en Chile, etc. La presencia étnica de los países con contingente indígena tendría las siguientes características en términos de su historia política contemporánea; una primera fase de manifestación a escala local de 1960 a 1970, con eje en el conflicto económico-social. Un segundo momento estaría marcado en los ochenta, por las rupturas y retrocesos con respecto a la formación de las primeras organizaciones de carácter nacional (considérese el caso de la Coordinadora Nacional Plan de Ayala en México y el movimiento katarista en Bolivia). Estos desenlaces provocados por una violencia externa y la descomposición interna hicieron que los indígenas fueran, dentro del movimiento social, las principales víctimas de la represión del Estado.

¹² Aquí cabe aclarar que la propia Comisión Económica para América Latina (CEPAL) no considera a todos los países de América Latina como viables y existen países que, ni por asomo, han logrado tener un acercamiento a la modernidad y a los procesos de modernización. Prácticamente toda Centroamérica, Ecuador, Bolivia, a excepción de Cuba, todos los países del Caribe, Paraguay, la Guyanas no se han ni siquiera asomado a la modernidad.



La década pasada marcó un desplazamiento de las reivindicaciones de clase a la afirmación de los derechos étnicos. Las demandas se centraron más en los derechos culturales que en el conflicto social, lo que trajo como consecuencia el reconocimiento jurídico por parte de los Estados nacionales del carácter multiétnico y multicultural de la nación, con mayor o menor acento, sin dejar de lamentar que, en prácticamente todas las situaciones, estos reconocimientos quedaron en letra muerta, pese a que en el orden de las recomendaciones internacionales como en sus posibles efectos internos, los mandatos de reconocimiento jurídico no conllevan ningún peligro para el Estado nacional.¹³

El movimiento indígena en su fase indianista o, en otras palabras, un discurso político elaborado desde los indios y para los indios puede tener en su carácter no esencialista, es decir, etnicista en sí y para sí. La siguiente característica combina: revuelta social con identidad étnica o afirma la identidad cultural.

Estas movilizaciones se enfrentan al proceso de globalización, un modelo occidental de nación donde la supremacía la tienen las elites criollas y al neoliberalismo, que no es sino la acumulación de capital en su fase originaria permanente.

Restringir la política del gasto público al ámbito comunitario, si es que éste se da, deviene regreso inadmisible en la actual coyuntura de nuestros países. Es fomentar la lucha intracomunitaria por el acceso a los cada vez más magros recursos o bien continuar centrando el ejercicio político en los procesos de mestizaje, que no han traído más que políticas encubiertas de racismo, intolerancia y exclusión. La aparente supremacía de las elites criollas por intentar

¹³ Por ejemplo, la Ley Cocopa, también conocida como los Acuerdos de San Andrés Larraínzar, que durante varios años ha ocupado los titulares de los diarios, finalmente se aprobó como *Ley Indígena*, que responde a la tradición del viejo indigenismo que sostiene su eje de acción en la comunidad.



hacernos semejantes a un modelo eurocéntrico nos ha convertido en caricaturas de nación.

Los modelos interpretativos de “solución” del problema indígena entendido como lastre, han fracasado. Está demostrado que no es un problema ideológico que se resuelva por “blanqueamiento”, ni se reduce a un asunto económico y social ni se trata de un mestizaje cultural. Es a todas vistas y en relación a la emergencia de lo étnico, un problema de mayor relieve sumamente complejo y no planteado. Resulta inútil pensar en lo indígena en sentido lineal, con personajes preconcebidos: el terrateniente arrogante y feroz, el mestizo oportunista, el oficial autoritario, el comerciante codicioso, el cura engañador, el indio sumiso, etc. Esas eran figuras plenas en la literatura indigenista y nacionalista, pero hoy ya no responden lo étnico originario que ha permeado todos los espacios de la vida social nacional.

El indigenismo sirvió de muro de contención y no sobrepasó las esferas del asistencialismo. Por otra parte, dejó intactas las relaciones externas que tanto condicionan al desarrollo, no afectó a las estructuras regionales de explotación que mantienen el tradicionalismo indígena, y se constituyó en el mayor obstáculo para una reformulación social.

En términos de modelo económico, la integración ya no funciona porque ha dado como resultado un indianismo que reinventa su mundo, crea solidaridades internas, pero no establece un correlato con otros sectores y se encuentra aislado de sus propios paisanos. Es un indianismo autocontenido y de *folclore*. Y un movimiento indígena que promueve la articulación con otros actores sociales, cuestionador del Estado nación, de los procesos salvajes de la globalización,



resulta ser con su sola presencia una crítica al neoliberalismo.¹⁴ El movimiento indígena se articula de manera orgánica al movimiento social general.

Aquí se encuentra el potencial de lo indio en la América contemporánea. Un movimiento activo, propositivo, de recuperación de valores y con una estrategia de construcción de un proyecto alternativo que considera a la población. Las instancias financieras internas e internacionales (llámese ministerios de Hacienda, bancos centrales, Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial, Vamos México, Caritas, etc.), califican de supernumeraria a esta población, porque la considera poco creativa, analfabeta y se encuentra enferma, desnutrida y de la cual sólo se puede esperar generaciones de subnormales.

Es decir, no hay un proyecto que englobe la etnicidad en América Latina que persiga la modernidad sin lesionar las diferencias culturales, lingüísticas, de recuperación de saberes y tecnologías, máxime en estos tiempos en que el eje subalterno productivo está desplazado.

En la situación contemporánea del movimiento indígena encontramos, por un lado, este indianismo esencialista y folklorizante y, por otro, un movimiento de origen étnico pero articulado a una base social popular. En la tecnocracia contemporánea se ha creído encontrar en el indianismo esencialista el sostén ideológico similar al que el Estado populista encontró en el indigenismo; es decir, la posibilidad de crear una política que garantice el control indirecto al menor costo sobre poblaciones y territorios, que no es posible administrar directamente por el alto costo político y, dado el caso, militar (la guerra de larga duración en Guatemala y Colombia resulta un dispendio de energías sociales, políticas y económicas). La vía de la antropología social aplicada ya no resulta del todo eficaz; la apuesta

¹⁴ Favre, Henry. El indigenismo. FCE México, 1998. Este autor no reporta que las oleadas de indígenas que comienzan a ocupar las ciudades y los centros productivos, y cuyo único destino reside en la informalidad, en el caso dado de una voluntad política de incorporarlos a la producción, ésta en las condiciones actuales sería por completo incapaz de darles ocupación a pesar de que sólo fuese por la comida.



neoliberal es que los habitantes de las regiones indígenas deben hacer prevalecer la seguridad y aprender a vivir en la autonomía, pero una autonomía con la ausencia del gasto público, que cualquier Estado nacional está obligado a otorgar.

Esta concesión autonómica de los Estados nacionales se aplica en una economía rapaz, al propiciar que grupos étnicos y tribales puedan “negociar” sus mínimos de bienestar con empresas madereras o la explotación minera, tal como viene sucediendo en Colombia, Panamá y en la Costa Atlántica nicaragüense. Se fomenta esa autonomía con el crecimiento desbordado de enfermedades que hace treinta años creíamos extinguidas: paludismo, tuberculosis, venéreas, etc. O bien, el “canje de territorio por deuda externa”, como en el caso boliviano –con todo y habitantes-, son elementos que para muchos de escándalo y no así la producción de hoja de coca aparentemente destinada al narcotráfico, única alternativa de sobrevivencia para familias de exmineros, quéchuas y aymaras.

El movimiento indígena es vital y está permeando muchas esferas sociales, sobre todo las subalternas donde aspiramos a construir un proyecto de democracia real y de plena participación. Nunca más una nación sin la participación de obreros, campesinos y sectores populares, que cada vez muestran su faz indígena en las diversas latitudes latinoamericanas.

El panorama que se presenta me parece que no es halagador, pero no solamente para la población étnica originaria, sino para los sectores sociales no criollos que no han logrado arribar a las esferas de la modernidad. La modernidad continúa siendo una promesa no cumplida por las distintas tiendas políticas. Y en el mismo sentido, los cambios son vertiginosos, tanto en la vida socioeconómica como en la cultural. Se ha presentado una reformulación de los sectores clásicos con los cuales definíamos el paisaje humano, y ahora contamos con actores no conocidos que surgen de la informalidad, ingrediente del que apenas se sospechan sus



posibilidades. Y en lo cultural, como característica central se tiene la emergencia de lo étnico.

Al momento, la estrategia que con insistencia se prueba en lo que cada vez muestra mayores fracasos, es el de la democracia formal como parte de insistir en un modelo modernizador que no ha implicado modernidad. Y este modelo de ninguna manera nos ha permitido salir de la periferia, y es más, las reconversiones en lo económico están impidiendo consolidar un proyecto propio como Estado-nación.

Frente a este panorama, creo que los modelos de interpretación ya no responden a nuestra cambiante realidad y, en tal sentido, se exige un tratamiento histórico detallado, un balance epistémico a profundidad y el estudio de situaciones y fenómenos concretos, tarea por demás compleja más aún, cuando nos remitimos a formaciones sociales de gran riqueza, como las latinoamericanas, entrecruzándose y en yuxtaposición con elementos ideológicos, de dinámica sociocultural y de estructura económica no previstos por los modelos.

La dialéctica tradición-modernidad, característica de las formaciones latinoamericanas que, de entrada, nos presentan constituciones sociales heterogéneas, plenas de diversidad. Ello se expresa en las abismales diferencias de clase, en las muy complejas interrelaciones culturales, en la notable asimetría de las relaciones económicas que se producen en toda la región.

En este paisaje encontraremos nuevas formas de estrategias de sobrevivencia que van a otorgar a la región una dinámica social no prevista por los modelos conocidos de interpretación.

La "crisis" es estructural, profunda y, parafraseando a Braudel, de larga duración. En lo económico, la encontramos en los procesos de sobreoferta producidos en la



segunda mitad de los años sesenta y tal tendencia se mantiene. La oferta corriente ha superado a la demanda corriente. Con ello se producen "los cuellos de botella" del proceso de acumulación. En consecuencia, se alteran los tiempos mismos del capital. En este desfase, las promesas de prosperidad auguradas durante los años cincuenta a los setenta, ya son cosas del pasado. En estos tiempos de "crisis", la lucha es por ganar los espacios de la distribución.

Crisis es también, una posibilidad alternativa. Me parece que los modelos de interpretación socioantropológicos y de teoría económica comienzan a formar parte de una historia de las ideas para América Latina. No con ello quiero decir que existan verdaderas contribuciones para el diseño de nuevos proyectos sociales.

Es urgente la redefinición conceptual, tarea por demás difícil el de la construcción de conceptos, que permitan no sólo ser explicativos, sino transformadores de la realidad social que se vive en la región, haciendo intervenir los nuevos procesos y nuevos actores sociales.

El conflicto étnico, como se ve, no es fijo ni se encuentra bien definido. Es inestable -el principio de Heisenberg-, que sólo con un sistema de análisis, por otra parte móvil, puede esperar ser recuperado aunque sólo de manera aproximada. Esto significa que los conceptos deben poseer una alta capacidad plástica, en otras palabras, ser de carácter provisional.

En el acercamiento al problema que se presenta tenemos que una de las dificultades más grandes con las que analíticamente nos topamos es que la teoría política ha tenido la pretensión, en sus distintas variantes, de tratar cuestiones universales con el auxilio de conceptos que pretenden poseer validez general y absoluta, pero que al momento de aplicarlos en el terreno resultan obsoletos o bien inasequibles para dar cuenta de los fenómenos.



Sin embargo, la historia reciente y realista de la teoría política y social nos muestra un proceso de confrontación y choque, tanto a nivel de los conceptos como en el campo de batalla que establecen los intelectuales en situaciones políticas contingentes -atrás han quedado las impecables reseñas y recetas de doctrinas alimentadas por una pureza lógica-. En consecuencia, es patente que el uso de paradigmas tradicionales ya no son capaces de soportar la realidad contemporánea. A un poco más de una década de la caída del *Muro*, el mundo paradójicamente resulta menos claro. Es difícil que podamos atraparlo desde Aristóteles o Platón. Es más bien con Maquiavelo -fundador de la teoría política moderna- y sus intrigas que podemos tener mayor entendimiento de este mundo en permanente tensión. El mundo de potencias compactas y de bloques rivales, de formaciones sobre nuevas macroalianzas -finalmente en equilibrio-, no existe más.

Es difícil poder sostener en estos tiempos estructuras estables. El catálogo de las identidades crece, disminuye, muta, se ramifica. Con las nuevas definiciones se cancelan viejas fronteras, en tanto un número siempre más amplio de hombres, está dispuesto a meterse en movimiento, de manera impredecible y sólo en parte, de manera controlada. Por ejemplo, medio siglo atrás no existían los chicanos, el cholaje; si bien habían fermentos, éstos no lograba tener grado de ciudadanía; los movimientos de corte indianista resultaban impensables, la reconversión urbana de nuestras formaciones, era poco probable. Los ejemplos a nivel mundial son innumerables, por tanto, la amplitud, el contenido y el significado intrínseco de identidades durables, se encuentran sujetos a mutaciones.

Siguiendo esta línea, ya no es posible remitirnos a un mundo de Estados nacionales que pueden ser cómodamente reconocidos y ordenados en bloques y hasta en superbloques. La validez general se diluye.



Nos encontramos frente a identidades inestables, los lugares comunes dejan de ser válidos. La unidad y la identidad que se construyen, cualquiera que sean, verán la luz y serán negociadas a partir de su diferencia. Existen sobreposiciones de líneas diversas que se cruzan y entrelazan, se expresan, se encuentran en tensión recíproca y forman un cuerpo localmente variado y globalmente integrado.

No nos queda más que reconocer que nos encontramos en un mundo inestable, fragmentado, confuso, irregular, mutable y discontinuo en el cual vivimos y esto resulta un reto para la interpretación y para la táctica y estrategia en las posibilidades de modificación del mismo.

Atrás han quedado los análisis establecidos por el positivismo en sus distintas vertientes. La normalización del quehacer filosófico en general y de las ciencias sociales que se remitió a clasificar, periodizar y en ubicar las influencias en la búsqueda de los orígenes y con la intención de evitar el conflicto tanto en el terreno de las ideas como en el seno de la sociedad, ya no resulta tan convincente y válido. Las consideraciones del ser y deber ser en torno a un proyecto nacional a seguir es una discusión abandonada. Pero debemos reabrir ese debate sin temor al conflicto ni a su extrema politización. En nuestra región no se han logrado producir sistemas de pensamiento y análisis salvo de manera débil. El positivismo, incluso el marxismo en términos generales, ha mantenido interpretaciones genéricas y ambiguas. Una revisión general nos demuestra que los planteamientos filosóficos y de las ciencias sociales han sido de corte interpretativo y no explicativo. Los modelos que han mantenido una relación instrumental con la realidad en su aplicación global han resultado dogma. Han sido axiológicos y justificadores con una gran dependencia y horizonte eurocéntricos. Es necesario hacer notar que nuestras formaciones no responden a formaciones centrales, más bien a lo que genéricamente conocemos como formaciones asiáticas. Si bien encontramos un cierto abandono con el modelo positivista, siempre en interconexión en la justificación con una situación del sistema político,



éste desafortunadamente se ha abandonado y no ha sido superado de manera crítica, si bien, se ha reconocido que pertenecemos al mundo de la periferia, sobre todo en el contexto de los movimientos de liberación nacional, estos indicadores no han sido recuperados por los teóricos e intérpretes de nuestra situación, vía que ha marcado el rumbo de las ciencias sociales, salvo excepciones. Un elemento central de este pensamiento ha sido, por demás, el carácter antimarxista y con acento hispanista como tendencia dominante aún vigente.

Es posible afirmar que si bien, hay un reconocimiento de la diversidad -ya de carácter oficial- en nuestros países, éste se da sólo en el terreno de lo cultural. La heterogeneidad que resulta sorprendente en lo económico, un incontable número de relaciones de producción, de propiedad y formas de circulación no ha sido reconocida, sino simplemente rentabilizada. En lo político se observan diferentes formas de ejercicio del poder y sus maneras de aceptación son al igual diferenciadas, giran desde los procesos localistas a los regionales. Para estos fenómenos y hechos no se reconoce un marco teórico sistematizado de referencia y explicativo de su pluralidad que de inicio, rebasa el mero aspecto cultural.

La ciencia social es una empresa del mundo moderno. Se centra en desarrollar un conocimiento sistemático sobre la realidad, a partir de una validación empírica. El aspecto operativo de nuestras ciencias sociales ha sido el "progreso", palabra con gran carga ideológica, conteniendo un sentimiento de infinitud y reforzada por las realizaciones tecnológicas.

En el caso de las formaciones latinoamericanas, lo que se produce no son sistemas teóricos e interpretativos, sino la adaptación de los sistemas teóricos y metodológicos generados en el mundo central. Ésta no es una labor menor, ya que implica un alto esfuerzo por adecuar la teoría a la realidad empírica de nuestras formaciones, pero aún no hemos sido capaces de crear nuestros propios sistemas de explicación. No por ello debemos desconocer grandes esfuerzos.



Siguiendo a Llobera, nos mantenemos en el orden de teorías y disciplinas regionales.¹⁵

Desde el positivismo se establecieron grandes leyes generales del desarrollo; axiomas útiles para la regulación de los movimientos sociales y, en otro sentido, un discurso en paralelo que proclama las particularidades y en su caso promueve resistencias hacia los cambios. En consecuencia, la ciencia era el descubrimiento de la realidad objetiva, mientras que los filósofos no hacían más que meditar y escribir sobre sus reflexiones. En este último aspecto se encuentra el *estado del arte* de las ciencias sociales en nuestra región, al menos como tendencia. En gran medida, ese *estado del arte* no ha rebasado el nivel del ensayo (me incluyo en este nivel), sin dejar de acotar que tenemos una perspectiva científica de gran relieve y con suma capacidad de competencia en el concierto internacional, pero que no logra constituirse en tendencia dominante. Es posible afirmar que es la literatura y la poética las que se destacan en relación con los aportes de las ciencias.

Las ciencias sociales han quedado como una tercera línea entre la ciencia y la literatura. Situación que aún no logra respuesta. Un punto en el cual las ciencias sociales de la región han demostrado gran capacidad de adaptación y adopción, es la tecnocracia. A este nivel, rebasamos incluso a las tendencias de carácter general.

Un reclamo importante al quehacer de las ciencias sociales en América Latina y en específico al fenómeno que se plantea: lo étnico, es la incapacidad que las ciencias sociales tienen por establecer una relación directa con su objeto de estudio. En otras palabras, es la necesidad de transformar las relaciones de poder que crearon la forma particular de institucionalización de las disciplinas en su articulación a un Estado monocultural y hegemónico.

¹⁵ Llobera, Joseph. *Hacia una historia de las ciencias sociales*. Anagrama. Barcelona. 1980.



La crisis al interior de las ciencias sociales no ha rebasado en nuestros países el mero reconocimiento de la pluralidad en un marco de pseudodemocracia; aún no logra diseñar un modelo político y social que se ajuste a la diversidad que presentan formaciones sociales con fuerte componente étnico en los campos de la educación, la administración de la justicia, el desarrollo económico, la distribución de la riqueza, la seguridad social y la cultura como elementos esenciales para transformar la sociedad que intenta construirse sobre bases reales.

No ha sido fácil aceptar la coexistencia de interpretaciones diferentes de un mundo incierto y complejo. Sólo un universalismo pluralista nos permitirá captar las realidades sociales en que vivimos y hemos vivido.

Paradójicamente, modernización, industrialización y occidentalización, quedan en muchas latitudes del mundo global en cuestionamiento. La vieja concepción objetivista está en controversia y, por ende, los tradicionales estancos de las ciencias sociales pierden consenso. El trabajo en el corto plazo consiste en innovar y experimentar nuevas formas organizacionales sostenidas epistémicamente y con un diálogo fluido y simétrico con los objetos de estudio y la materia de trabajo.